

REPARTO

PERSONAJES

SEÑOR SIMÓN, burgués acomodado (45 años).....
SEÑORA SIMÓN, esposa del anterior, todavía vistosa y bien conservada; aparenta unos 40 años.....
CALABAZA, hijo menor de ambos; raquítico, desmedrado y feo; los cabellos de un rojo subido y rebeldes al peine, le agrandan todavía una cabezota triste y paliducha; grandes ojos muy hundidos: 16 años escasos.
PACORRA, criada recién entrada al servicio de la casa. Para dar una nota de color, viste al modo de la aldea de donde procede.....

ACTORES

SE. ALTAREIBA.
SRA. RODRÍGUEZ.
SETA. BLANCO.
QUIJADA.

La escena en nuestros días y en un pueblo situado en los alrededores de una gran ciudad

Se procurará reducir la escena cuanto sea posible y dar al escenario del dramita las reducidas proporciones que han de encuadrar con justeza al pequeño protagonista.

CUADRO PRIMERO

Representase en la escena la parte exterior de una casita burguesa en algún pueblecito de los alrededores de una gran ciudad. La casa que se ve en uno de los lados de la decoración, el izquierdo, tiene bajos y primer piso. La casa está construida en forma de «chalet» suizo. Persianas verdes, ventanitas y doble reja, con rafe de madera. La puerta de este «chalet» es practicable y conduce hasta ella una escalerilla de tres ó cuatro tramos. La escena está convertida en el jardinillo un poco rústico del «chalet». En el fondo de la escena, tapia con reja central que se abre sobre la carretera. A la parte derecha de la decoración, jaulas de gallinas y conejos y la casita del perro.

ESCENA PRIMERA

CALABAZA, luego SEÑOR SIMÓN. Al levantarse el telón, Calabaza, descalzo y mal vestido, está con el azadón arrancando algunas yerbas, que, á brazadas, va metiendo en la jaula de los conejos. Es medio día y en el aplanante silencio de la siesta, silba una canción monótona acompañando su labor. Al cabo de unos momentos aparece en la puerta del «chalet» el señor Simón

SR. SIM. ¿Me acompañarás á cazar esta tarde, Calabaza?
CAL. Sí, papá.
SR. SIM. ¿Estás decidido?... ¿No cambiarás luego de opinión?
CAL. ¿Sabe mi madre que saldremos á cazar esta tarde?

- SR. SIM. Sí, lo sabe.
CAL. ¿Y no se opone?
SR. SIM. No. Pero, ¿tú estás decidido á acompañarme?
CAL. (sin vacilación ya.) Sí, papá... (Tira el azadón.) Si quieres que salgamos, ahora mismo...
SR. SIM. No tan pronto. El sol pica todavía y tengo que leer los diarios de la mañana. ¿Qué haces tú ahí?
CAL. Limpiar el suelo de yerbas.
SR. SIM. Después de comer no es bueno fatigarse.
CAL. Mamá sostiene que es higiénico...
SR. SIM. Dí que te gusta cavar...
CAL. No me disgusta, sobre todo, mamá lo manda. (Simón lo mira un momento arrancar algunas yerbas y vuelve á meterse en el interior.)

ESCENA II

CALABAZA

Es cosa hecha. Esta tarde nos veremos las caras, señora madre mía. (Deja la azada sobre un árbol y se pasea pensando.) Mucho tiento, Calabaza, y maneja bien tus ideas personales que son lo único que tiene tu persona. Mamá sabe que salimos á cazar y no se opone; es un indicio. Mamá se opone á todo lo que pueda darnos gusto en casa á papá y á mí, y á los gustos que nos sacan de casa, no se opone; es otro indicio. Yo, Calabaza, soy su hijo y mamá me odia, tercer indicio. Pues vuelvo á la mía, esta tarde saldremos de dudas todos juntos. (Bebe de una botella que tiene escondida en la caseta del perro.) ¡Algo ha de darme fuerza para la batalla campal que se me espera! Llegará el momento de la partida, saldrá mi padre á desatar el perro: desde el último tramo de la escalera esperará ella, impaciente, que nos alejemos... «Calabaza, adiós, sé bueno, no hagas enfadar á papá.» Mamá tiene una gran ternura por mi padre siempre que se va de casa... Pero

entonces... Entonces... todos los ánimos personales de Calabaza se forman en línea de batalla y Calabaza cambia de opinión. «Papá, he vuelto á pensarlo, no puedo acompañarte á cazar esta tarde; me es imposible; me esperan en el molino, ó estoy cansado ó ya no tengo ganas.» Calabaza es caprichoso y mala cabeza; no es necesario que explique sus resoluciones. Mi querido señor padre se indignará, contrariado; pero ni me pegará, por no fatigarse; ni me reñirá, por no hablar; ni saldrá de caza por no llevar áuestas la carga del zurrón y los cartuchos. En cuanto á mi señora madre... desde el último tramo de la escalera, no, desde aquí, muy cerca de mi cara, ¡pif! ¡paf! (Haciendo el gesto del que abofetea.) ¡Calabaza, eres un asno! no matarás á disgustos. Y por ese camino tantas sentencias como azotes, hasta que la mano se le canse... y no se le cansa pronto... Sí, señora madre, comprendo su indignación de usted; los caprichos de Calabaza la han puesto más de una vez en un aprieto. Calabaza es el perro de la casa y se le despiertan instintos de guardián y vigilante... ¡vamos á ver cómo se las compone usted esta tarde para burlar mi vigilancia! ¡Uf! (Cansado.) ¡Qué porquería la vidual! (Calabaza sigue cavando con fatiga. Por la reja del fondo entra Pacorra. Viene con traje de paleta, una cesta al brazo y un paraguas en la mano. Toda sudada y roja del camino que ha hecho en pleno sol. Calabaza sigue un rato cavando sin fijarse en ella.)

ESCENA III

PACORRA y CALABAZA

- PAC. (A Calabaza.) ¿La señora de Simón?
CAL. Ha salido. (Con sequedad.)
PAC. ¿Volverá pronto?
CAL. Creo que sí.

- PAC. Soy la nueva muchacha que la señora Simón contrató el lunes último.
- CAL. (Con aire de importancia, dejando caer la azada.) ¡Ah! ¡Ya sé! Me han enterado. Bueno. Siéntate en esa escalera. Es inútil que entres en la casa; no hay allí más que mi padre y no querrá que le distraigan. ¿Cómo te llamas?
- PAC. Francisca Cordero, pero en el pueblo me llaman Pacorra.
- CAL. Yo te llamaré Francisca. ¿Oyes? Yo soy Calabaza.
- PAC. ¿Eh?
- CAL. Ca-la-ba-za. Ni más ni menos, el menor de los dos hijos de la familia Simón.
- PAC. Señor Calabaza.
- CAL. ¡Señor Calabaza! Si mamá te oyese se moriría de risa. Calabaza simplemente.
- PAC. No me atrevo. Ese debe ser un mote que le han sacado.
- CAL. Es un mote que me ha sacado la señora Simón á causa del color de mis cabellos.
- PAC. Son rubios.
- CAL. La señora Simón sostiene que son furiosamente rojos. Y el rojo es el color que más le disgusta.
- PAC. No comprendo qué razón tenga la señora para mortificarle, señorito Calabaza; parece muy amable.
- CAL. No conoces todavía las costumbres de la casa. Ya te irás haciendo á ellas. La señora Simón te hará comprender que soy holgazán, desvergonzado, seco de corazón, embustero, hipócrita...
- PAC. No lo parece.
- CAL. Orgullosa y burlón, burlón sobre todo. Además, tengo otros defectos. Mi hermano Javier, por ejemplo, es el reverso de la medalla. Es guapo, decididor, amable; gasta mucho, pero es natural; tiene queridas, pero es justo; ¡la edad! Es desobediente, pero ¡como apenas le mandan! Además, pellizca á las muchachas y tiene preferencia por las frescas y rollizas como tú.
- PAC. Pues lo que es á mí, que no me toque, por-

- que si á eso vamos tengo malas pulgas. Yo no me meteré con nadie...
- CAL. Sí, mujer, sí, te meterás conmigo, ó no harás años en la casa. En cuanto al trabajo...
- PAC. ¿Es pesado?
- CAL. No mucho. De la cocina no te preocupes. Mamá es una buena cocinera y cuando ella tiene hambre, guisa bien. El resto del trabajo nos lo repartiremos entre los dos.
- PAC. ¿Qué dice usted? (Ríe.)
- CAL. (Con frialdad.) Estás de buen humor. Nos lo repartiremos entre los dos. Yo te ayudo á trabajar porque mamá sostiene que me conviene el ejercicio para fortalecerme. Tú lavas los platos y yo los seco. ¡Ah! te advierto que en la mesa se cambian los menos platos posibles. A mí nunca.
- PAC. Mejor.
- CAL. Es por ahorrar platos... Tú sirves á la mesa, naturalmente; yo subo el vino de la bodega.
- PAC. Es un cargo de confianza.
- CAL. Si; además, la escalera de la bodega es peligrosa. Tú cuidas de la ropa, yo de los conejos. ¡Ah! por la mañana tienes que levantarte á las cinco.
- PAC. ¡Tan temprano!
- CAL. Yo soy el encargado de llamarte.
- PAC. ¿El señorito Javier se levanta á la misma hora?
- CAL. El señorito Javier se levanta á media día porque se ve obligado á regresar de la ciudad en el tren de la madrugada.
- PAC. ¿Trabaja?
- CAL. Juega en el casino y algunas veces gana el pobre. Una observación general. La costumbre de la casa es hablar lo menos posible. Únicamente la señora Simón tiene la palabra. Papá no quiere contestarle. Mi hermano le contesta si quiere, y yo le contesto si ella quiere. Tú harás al principio lo que te plazca.
- PAC. ¡Cal por mí, deje usted... ya nos despacharemos hablando á nuestro gusto en los ratos de descanso.

- CAL. Los ratos de descanso no me pertenecen, Francisca, y lo siento por tí, que me pareces cariñosa. En los ratos de descanso tengo que desempeñar comisiones en casa del droguero, en la farmacia, en la taberna...
- PAC. ¿Los señores se llevan bien? (Calabaza no contesta dando á entender le molesta la pregunta.) Dispense... Y á usted, ¿le quieren los señores? Me parece que no mucho.
- CAL. Son severos, Francisca; no es cosa tan hacedera mi educación. Con todo, el señor Simón, no me ha pegado nunca.
- PAC. ¿Y la señora Simón?
- CAL. ¡Oh, alguna bofetada nada más!...
- PAC. ¿Todavía?
- CAL. Y no creas que me haga daño. Ya dicen que yo soy incorregible. Pero me humilla, ¿sabes? por que soy casi un hombre; voy á cumplir dieciséis años.
- PAC. ¡Y tan bueno que pareces!
- CAL. ¿Sí, verdad? pues, por lo visto, no hay que fiarse de las apariencias. ¡Ah! Dos advertencias más... Esta tarde va á pasar aquí algo extraño, no te metas. Lo mejor que puedes hacer es marcharte. Sí, nadie te ha visto; duermes en la posada y mañana vuelves, como si llegases en aquel momento. Sí, prefiero que esta tarde no haya nadie extraño en casa...
- PAC. ¿Algún disgusto grande, señorito?
- CAL. Pienso contrariar á mi madre, ¿sabes? y eso trae sus consecuencias.
- PAC. Me marchó ahora mismo, pues.
- CAL. No; espera que... falta otra advertencia.
- PAC. Diga.
- CAL. ¿Ves las gallinas aquellas que andan sueltas por la huerta? Hay que encerrarlas en el corral todas las noches. Hasta ahora ha sido trabajo mío, pero la señora Simón dispuso que la nueva muchacha se encargaría de ello.
- PAC. Bueno, bueno, está entendido.
- CAL. No te creas, tiene sus dificultades; hay noches de viento huracanado que te apaga e-

- candil y no te hace gracia ninguna bregar por el patio, entre los animaluchos desparvoridos, que agitan las alas y te dan picotazos, en la obscuridad.
- PAC. ¿Tenía usted miedo? (Con malleía.)
- CAL. (Con aire de autoridad.) Miedo no... pero la señora Simón dispone y ha dado sus órdenes respecto á las gallinas... Todas las noches...
- SRA. SIM. (Que habrá abierto sigilosamente la verja y oído las últimas palabras de Calabaza.) Todas las noches guardarás tú las gallinas, Calabaza.

ESCENA IV

DICHOS y SEÑORA SIMÓN

- CAL. Sí, mamá. (Vuelve á tomar la azada y á cavar. Pacorra atemorizada espera la tempestad que cree va á descargar. La señora Simón se dirige á ella muy amable.)
- SRA. SIM. ¿Has llegado ahora, Pacorra? No te esperábamos hasta mañana, pero no importa; ¿tendrías algún fardo en la estación?
- PAC. Casi nada, mi ropa.
- SRA. SIM. Bueno, bueno... cuando los señores salgan á cazar... podrás irte á la estación en busca de eso... Y mira, no es necesario que regreses á casa hasta la noche... Esta tarde es tuya. Yo, cuando me quedo sola, tengo bastante con mis devociones.
- CAL. Sí, mamá.
- SRA. SIM. ¿Qué murmuras? (Pacorra ríe.)
- CAL. Nada, mamá.
- SRA. SIM. No seas imbécil, crees que haces gracia con tus salidas de tono y cada vez consigues hacerte más antipático.
- PAC. (Creyendo de su deber intervenir.) Su hijo, señora Simón, es muy amable.
- SRA. SIM. ¡Ah! ¿Has hablado con mi señor hijo Calabaza? ¿Y ha estado amable contigo? Pues es un triunfo. ¡Ah! es nada merecer las atenciones del señor Calabaza! Yo soy su madre

y todavía no he logrado oírle una palabra de cariño. (Volviéndose á Calabaza que trabaja, silbando una canción como si no hablaran con él.) ¡Ven aquí! (Calabaza se acerca. Su madre da un paso hacia él y Calabaza levanta el codo y baja la cabeza para esquivar el bofetón.) ¿Qué significa eso? ¿Sigues con tu manía de hacerte la víctima delante de la gente? Ya te he dicho que me mortifica. (Calabaza se mete las manos en los bolsillos.) ¿En qué piensas ocupar la tarde? Papá me ha dicho...

CAL.

SRA. SIM.

¡Papá me ha dicho! ¿Cuántas veces he de repetirte que es ridículo á tu edad ese papá me ha dicho?

CAL.

Mi padre me ha dicho que saldríamos á cazar.

SRA. SIM.

Y ¿estás ya preparado?

CAL.

Sí, madre.

SRA. SIM.

¡Sí, madre! No hay cuidado que conmigo te equivoques. ¡Como mamá es más cariñoso! Pero...

CAL.

SRA. SIM.

Basta. Ya sé que no han de faltarte nunca excusas... Estás preparado y vas sin corbata.

CAL.

Como usted dice que en el campo no se necesita...

SRA. SIM.

(Golpeándole la espalda.) ¡Mira qué espalda, llena de tierra!

CAL.

Es de la azada.

SRA. SIM.

¿Ah, te cavas la espalda con la azada? ¿Por qué no te has puesto las botas? ¿no me has dicho que estabas preparado?

CAL.

Es que...

SRA. SIM.

Todo por ganas de mortificar. Sabes lo que le disgusta á tu padre, tener que esperarse, va á llamarte de un momento á otro y tienes que ponerte las botas, los calcetines, la camisa, el cuello, la corbata, el cinturón, lavarte la cara, limpiarte las manos y cepillarte la chaqueta. ¡Vamos, despacha! (Calabaza no se mueve.)

PAC.

SRA. SIM.

Si á la señora le parece, yo puedo ayudarle. ¡No faltaba más! Estoy cansada de pagar los criados para él... ¡Vamos!

CAL.

Es que... (El señor Simón con gran sombrero de caza y la escopeta al hombro aparece en lo alto de la escalera.)

SRA. SIM.

¿Vamos, Calabaza?

ESCENA V

DICHOS y SEÑOR SIMÓN

SRA. SIM.

Tu padre me alegro. (se pasea por el foro.)

PAC.

¿Qué mal genio debe tener el señor!

CAL.

(Después de un momento de vacilación, cierra los ojos se cuadra y dice, con resolución:) Es que... ¡papá, he cambiado de opinión!

SR. SIM.

¿Cómo?... ¿qué dices?

CAL.

(Con las manos en los bolsillos, actitud de idiota.) Que he cambiado de opinión, papá, que no puedo acompañarte á cazar.

SR. SIM.

Creo que me has dicho dos veces que estabas decidido.

CAL.

Pero he cambiado de opinión.

SR. SIM.

Pero eres un asno insoportable, Calabaza. Tendré que salir sólo.

CAL.

(Comprendiendo que la treta va á ser inútil.) ¿Te marcharás sólo, papá?

SR. SIM.

Es claro... hoy justamente tengo cita con unos amigos en el monte. (Calabaza hace una mueca.)

SRA. SIM.

¿Qué significan esas muecas, Calabaza? Has tratado de mortificar á tu padre y te disgusta no conseguirlo, ¿verdad? ¿crees tú que papá necesita?... Si estuviera aquí Javier, no te hubiera dicho nada papá. ¿Sabes? Estas son las atenciones que tienes á tu padre. (Calabaza queda ensimismado. El señor Simón trata de desatar el perro en la castilla.)

SRA. SIM.

(Facilitando la marcha de su esposo.) Pacorra, ayuda al señor á desatar el perro. (A Simón.) Si quieres, puede acompañarte Pacorra.

SR. SIM.

(Mal humorado.) ¿De qué quieres que me sirva Pacorra, cazando? ¡Tienes unas ocurrencias!

SRA. SIM.

(Mimosa.) Bueno, hombre, no te enfades,

SR. SIM. pues espera un poco, tal vez Javier regrese pronto y te acompañará con gusto.
¡Buen provecho te haga tu Javier! sale á cazar con guantes; no me sirve más que Calabaza para el caso. (Calabaza sonríe envanecido y mira cariñosamente á su padre.) Pero está visto que no puedo darme un gusto en esta vida. No saldré.

SRA. SIM. (Empezando á impacientarse.) ¿Cómo que no saldrás?... ¿no lo habías decidido? ¡qué gran ejemplo, un padre que se deja gobernar por el más caprichoso de sus hijos! Pues me marchó yo. Me horripilan los padres sin energía como tú. Ya lo ves, Calabaza... ya puedes estar satisfecho. ¡Fuera esas manos de los bolsillos, ó te los coso dentro! y... ¡no me mires así, que soy tu madre! Ahí tienes, Pacorra, lo que es mi señor hijo Calabaza. Pues tu padre hará lo que se le antoje. Pero yo no me dejaría gobernar por tí; se empieza desobedeciendo á los padres, se acaba en la horca. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Un hijo en la horca! ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Completamente descompuesta entra en la casa. Pacorra no sabe lo que le pasa, quiere correr y se le cae el paraguas y el cesto, y con ansias de acudir á su señora, lo deja en el suelo. El señor Simón se encoge de hombros, vuelve á colgarse la carabina y se dispone á salir.)

CAL. (Con mucha frialdad, deteniendo á Pacorra.) No te precipites, recoge todo eso, tienes tiempo.

PAC. (Con buena fe.) Es que á la señora va á darle un ataque.

CAL. Es lo mismo. A mamá le duran los ataques hasta que se sale con la suya. Recoge eso; tienes tiempo. (Pacorra recoge los trastos y entra también en la casa.)

ESCENA VI

SEÑOR SIMON, CALABAZA

CAL. (Viendo que su padre se marcha.) ¡Papá!
SR. SIM. ¿Qué?

CAL. Si quieres, te acompañaré á cazar: ya he cambiado de opinión... ¿sabes? Lo que yo quería era que tú no te movieras de casa.. Pero ya que sales... me gusta acompañarte. ¿Y por qué no querías que me moviese yo de casa?

CAL. Era una idea mía, papá... ya hablaremos otro rato.

SR. SIM. Calabaza, eres un asno.

CAL. (sollozando.) Sí... pa... pá...

SR. SIM. (Extrañado.) ¿Por qué lloras?

CAL. (Enjugándose las lágrimas con el revés de la mano.) Por nada, papá... Me has conmovido cuando me has dicho que nadie más que yo servía para acompañarte... ¿no recuerdas?

SR. SIM. (Con frialdad.) Es la verdad. Pero vas descalzo y sucio, ¿cómo no te has arreglado? ¡Me harás esperar dos horas!

CAL. No, papá, saldré así mismo.

SR. SIM. ¿Descalzo? Te sangrarán los pies por el monte.

CAL. No, papá, Estoy seguro de mi piel. Y, además, no quiero hacerte esperar.

SR. SIM. (Con indiferencia.) ¡Vamos!... (Calabaza se encasqueta una gorra, coge el zurrón al hombro, un palo en una mano, y sale por la reja, siguiendo á su padre como un perro. Mientras desaparece se le oye silbar indiferente una canción monótona.)

MUTACION

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO